

Jornada UCES 2003

I. 3. Aplicación del ADL a un discurso carcelario

José María Rembado

Introducción

El presente escrito es parte de un trabajo de tesis titulado: "Discurso carcelario y tatuaje" (UCES).

En dicho estudio me propongo investigar, desde una modalidad exploratoria, el discurso de adolescentes quienes llevan tatuados en su piel un tatuaje de características marginales (tumberas). Dicha manifestación, compuesta por una imagen dada a ver (el número cinco de un dado) y por dos frases asociadas a la misma, es común observarla en parte de los y las jóvenes internados en Institutos de Menores.

En dicho emprendimiento utilizaré el método de investigación Algoritmo David Liberman. Dicho instrumento se origina a partir de un conjunto de ideas centrales propias del psicoanálisis freudiano, una de ellas es la de considerar a las manifestaciones como expresión de una erogeneidad. El método está orientado en detectar las erogeneidades y las defensas (consideradas estas como destinos de la pulsión en el yo) manifestadas en un discurso, discriminando tres niveles de análisis, el de las palabras, el de las frases y el de las narraciones.

El interés de mi investigación está orientado a explorar si existe alguna relación, y de ser así de qué tipo, entre el lenguaje del erotismo representativo de las frases asociadas al tatuaje en sí, con los posibles lenguajes del erotismo predominantes y sus destinos, en quien lo lleva inscripto en su piel.

En el presente trabajo aplicaré el nivel de análisis de las secuencias narrativas del Algoritmo David Liberman, a la entrevista realizada a una joven con las características señaladas.

Caso Verónica:

Verónica tenía veinte años cuando fue derivada por un Juzgado de Menores a la institución donde tuve oportunidad de entrevistarla. Se había contagiado de Hiv alrededor de sus catorce años como producto del vínculo con Sergio, su primer novio, sabiendo ella que éste ya padecía la enfermedad. Desde su temprana adolescencia se agrupó con otros y otras adolescentes quienes desarrollaban conductas antisociales. Su primera causa judicial la tuvo a la edad de doce años. Llegó a estar cuatro meses internada en un Instituto de Menores. Tiempo en el cual se realiza su primer tatuaje de los "cinco puntos", asociado este a dos frases: "cuatro chorros pegan a un rati" y "un preso encerrado entre cuatro paredes".

Su madre, Ana, convivió primero con Antonio con quien tuvo un hijo y una hija. Luego se separó y se juntó con el padre de Verónica, Ernesto, quien fue muerto cuando Ana cursaba el quinto mes de embarazo. Cuando Verónica contaba con tres años de edad, Ana se juntó con Enrique, con quien tuvo un hijo, Sebastián, cuatro años menor que Verónica. Esta última vivió desde sus tres años de edad hasta los diez en la casa de Antonio. A los diez años se enteró que Antonio no era su padre biológico. Luego tiene un largo período en el que vivió un tiempo en la casa de Antonio, y otro, en la casa de su madre. A los dieciséis años tuvo a su hijo, Martín, producto de su noviazgo con Sergio.

Éste último muere cuando Martín tenía aproximadamente un año. La relación de Verónica con su hijo era inestable, podían pasar días en los cuales no se ocupaba de él. Era Enrique quien le prestaba al niño la mayor atención. Martín, sabiendo la identidad de su padre biológico, le decía “papá” a Enrique.

En los informes de asistentes sociales recibidos figuraba que el oficio de la madre había sido el de alternadora (prostituta).

El estado de salud de Verónica era inestable. Cada tanto alguna complicación respiratoria le provocaba una internación hospitalaria.

Respecto de las entrevistas, éstas por una disposición de la Institución tratante eran domiciliarias.

A continuación transcribiré una de las cuatro entrevistas que pude realizar con Verónica.

Entrevista

Verónica comienza a hablar del odio que tanto su padrastro como hermanastro profieren por ella.

Comenta: **“No se interesan por mi. El (padrastro) me odia. Este pibe también me odia, me dice, estas más flaca ya te vas a morir... sidosa.”** Luego agrega: **“Yo no voy a regalar a mi pibe”**. Posteriormente expresa: **Voy a tener mi casita... me voy a llevar a mi hijo. Mi mamá se va a venir conmigo. No se llevan bien, yo no puedo sola.”** Luego llama a su madre (quien en ese momento compartía un espacio de la casa con Sebastián) con un grito: **“¡ma!”**. Ésta no responde al llamado verbalmente. Al rato se presenta afectada por un estado de sopor y expresa en forma catártica: “tengo miedo que la maten”. Luego entre llantos finaliza su intervención hablando de sus problemas económicos. Mientras ésta última hablaba, su hijo ingresaba al lugar de la entrevista y encendía el televisor elevando el volumen del mismo.

En el cierre de la entrevista domiciliaria y luego que le comunicara a Verónica el día y horario de la próxima, ésta ante la presencia de su madre manifestó: **“Llame antes de venir, por si voy a lo de mi suegra.”**

En la entrevista siguiente, no se encontraba en la casa materna. Ésta, según su madre, inesperadamente había ido a retirar a Martín de la colonia de vacaciones, desencontrándose de Enrique, quien tenía cotidianamente dicha tarea a su cargo.

Análisis de las secuencias narrativas

En el inicio del relato Verónica realiza un intento por comprender su situación en el contexto familiar. Emprendimiento que en forma inmediata queda desarticulado al deslizarse hacia una posición de queja, a partir de la cual recrea una dramatización la cual finaliza en una acusación. Como si el intento de comprender hubiese sido asaltado por la presencia de autoreproches (mala madre, mala hija, mala hermana), de los cuales pretende fugar erotizando dicho proceso psíquico, recreando un otro (de la serie fraterna) que mira su cuerpo. Mirada que termina por criticar su estética. Quedando luego a merced de reproches transformados en acusaciones.

Pues bien, el sentirse fuera del interés de los otros esta asociado a la escena de expulsión del paraíso (en tanto una “mala madre sidosa” capaz de contagiar a su hijo), vinculada a las consecuencias de la tentativa de consumir un deseo correspondiente a una versión disfórica del lenguaje del erotismo sádico oral secundario.

La mirada de un hombre que atestigua su desorganización estética (estás más flaca) es propia de una escena asociada a las consecuencias de la tentativa de consumir el deseo, correspondiente a una versión disfórica del lenguaje del erotismo fálico genital. La injuria padecida (sidosa) es propia de un estado de humillación característico de las consecuencias de la tentativa de consumir un deseo, vinculada a una versión disfórica del lenguaje del erotismo sádico anal primario.

Observamos entonces en el inicio un frágil posicionamiento activo ante el lenguaje del erotismo sádico oral secundario, el cual prontamente queda desarticulado ante la expresión de los lenguajes del erotismo fálico genital y sádico anal primario, articulación erógena que tiende a potenciarse entre sí. Queda entonces Verónica expuesta ante las versiones disfóricas de los tres lenguajes mencionados, los que se condensan en la acusación (sidosa) destinada a ella.

La frase siguiente en la cual Verónica realiza una negación de una afirmación (yo no voy a regalar a mi pibe) está al servicio de generar al sujeto de un deseo el cual intenta dominar a un objeto en el marco de un juramento público (tomamos aquí en cuenta que la entrevista se origina en el marco de una decisión judicial). La escena en cuestión es propia del despertar de un deseo correspondiente a una versión eufórica del lenguaje del erotismo sádico anal secundario. La obligación a la cual intenta sujetarse esta destinada a frenar la irrupción de una orden ajena no del todo sobreinvertida libidinalmente (entrega a tu hijo). La escena posible de ser figurada, quedar presa de la impotencia motriz, esta vinculada a las consecuencias de la tentativa de consumir el deseo correspondiente a una versión disfórica del lenguaje del erotismo sádico anal primario. A su vez el mandato sobre el destino de su hijo es expresado a partir de sustituir el verbo entregar por el de regalar. Dando lugar a la expresión de un deseo de completud estética al ubicarse en la posición de quien tiene un regalo para entregar. Dicha escena esta vinculada al despertar del deseo correspondiente a una versión eufórica del lenguaje del erotismo fálico genital.

Tenemos entonces una primera ensambladura erógena en la cual dos lenguajes del erotismo se articulan desde una complementariedad óptima. El lenguaje del erotismo sádico anal secundario prevalece en este caso sobre el lenguaje del erotismo sádico anal primario. Sin embargo un tercer lenguaje del erotismo, el fálico genital, participa desde la tentativa de erotizar el vínculo (voy a regalar...) afectando de este modo la complementariedad lograda.

La momentánea y precaria estabilidad adquirida le permite, cual un destello, expresar un deseo ambicioso (voy a tener mi casita...) el cual por su nivel de fantaseo pareciera derivar de una promesa ajena (en otra entrevista Verónica manifestó la existencia de una promesa materna en la que ésta dejaría a su pareja y se iría a vivir con ella). A su vez el mismo tendría la finalidad de reforzar su posición ante la posible eficacia de la orden ajena inferida. Lo cierto es que su manifestación ambiciosa pierde consistencia, debiendo recurrir al acostumbrado auxilio materno (mi mamá se va a venir conmigo). La secuencia narrativa descrita corresponde al lenguaje del erotismo fálico uretral, y dentro del mismo al despertar de un deseo ambicioso y la posterior caída en un desafío rutinario. Este último le da una connotación disfórica a la posición de la instancia yoica en dicho fragmento del relato. Desenlace, este último, del cual participan nuevamente el ensamble de los

lenguajes del erotismo sádico anal primario y el erotismo fálico genital. El primero en la tentativa a partir de la cual atenta contra la relación de su madre y Enrique. Deseo vengativo que se desprende de la escena contenida en la frase: “no se llevan bien”, la cual corresponde a una versión eufórica de dicho lenguaje. El segundo lo inferimos al articular el aporte generado en otra entrevista. En este caso el registro de las propias limitaciones (yo no puedo sola) estaría al servicio de ubicarse a la espera del cumplimiento de la promesa materna, a partir del deseo de una completud estética.

Luego la joven profiere un grito con el cual demanda la presencia de su madre. La escena corresponde a una versión eufórica del lenguaje del erotismo intrasomático vinculada a la tentativa de consumir un deseo, en el cual la ganancia de goce se genera por la intrusión orgánica. En este caso el propio aturdimiento promovido en su grito encuentra un contexto intervincular propicio donde potenciarse, tanto en el discurso catártico de la madre como en el volumen elevado (“gritos”) del televisor.

En el cierre del relato Verónica me realiza una invitación inconsistente. La escena en la cual intenta posicionarse ante mi persona como poseedora de una promesa (su posible presencia a la entrevista) queda sin contexto donde desplegarse, teniendo presente que dicha entrevista había sido previamente pautada. En este sentido el empleo de su seducción estaba al servicio de ocultar un deseo especulativo (propio del lenguaje del erotismo intrasomático), evadir la entrevista sin tener que responsabilizarse por su posible decisión. A su vez observamos en el inicio de la entrevista siguiente, en la cual Verónica provoca un sorpresivo desencuentro entre Martín y Enrique, la consumación de un deseo vengativo. Escena correspondiente a una versión eufórica del lenguaje del erotismo sádico anal primario.

El final de la entrevista sería representativo del proceso de la entrevista en sí. Me refiero a que durante la misma tuvo una mayor predominancia en la joven la tendencia anímica a disolver toda posibilidad de complejizar el proceso psíquico derivado del empuje pulsional.

Probablemente el hecho de afrontar la entrevista significó para Verónica una alteración en un precario equilibrio de tensiones ya preestablecido. El mismo se refleja en la secuencia de versiones disfóricas protagonizada por la instancia yoica ante los distintos lenguajes reseñados. El recurrir al propio grito, y a sus efectos, tuvo la finalidad de reestablecer dicho equilibrio perdido. A partir del mismo, Verónica se reubica como sujeto de un deseo especulativo en el contexto de una seducción fallida, la cual pierde consistencia en el mismo instante de su manifestación.

A modo de cierre diremos que la aplicación del Algoritmo David Liberman sobre las manifestaciones verbales organizadas al nivel de las secuencias narrativas, nos permite afirmar en principio que la erogeneidad dominante en el fragmento discursivo analizado es el del lenguaje del erotismo intrasomático. A su vez el lenguaje del erotismo fálico genital y el lenguaje del erotismo sádico anal primario se presentan combinados entre sí, y subordinados al dominante. Dicho andamiaje anímico promueve en Verónica un estado de retraimiento libidinal, del cual momentáneamente sale a partir de destellos eróticos y vengativos sobre el otro.